

La gente casi siempre
Andrés Burgos

Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit, 2000

Primera versión recibida: 12 de marzo de 2004;
 versión final aceptada: 30 de abril de 2004 (Eds.)

Los textos de Andrés Burgos son simples, pero esto no quiere decir que sean insulsos; en ellos, y sin obviamente haber hecho una diegesis textual, se pueden notar ciertas influencias alejadas de todo el retoricismo y erudición que a veces quieren desplegar los jóvenes escritores de nuestra comarca. La escritura de Burgos es pues simple, ágil y limpia. Siempre va al centro del asunto. Y tal vez va en contravía porque no es nada nuevo decir que para parecer profundos siempre insistimos en ser enredados. Y cuando alguien va en contra de la corriente siempre le achacan la culpa al pobre que medio intenta cuestionar o quiera irse por el atajo. Como dice Bukowski en uno de sus poemas acerca de muchos escritores:

lo que me fastidiaba/ de todos ellos/ es que/ les llevara tanto / lograr
 decir algo/ lúcido y/o/interesante./yo creía/ que en eso/ los sobrepasaba
 a todos/ entonces/ descubrí dos cosas/ a)que la mayoría de los editores
 creía que/ todo lo que era aburrido/ era profundo.

Si quieren saber la segunda cosa que descubrió Bukowski pueden ir al poema "el incendio de un sueño" del libro *Peleando a la contra* porque aquí lo que nos importa es Burgos y yo ya iba a empezar a hablar del desencantado autor (y después crítico a los borgianos).

Los cuentos de Burgos parecen estar narrados desde un *joven bien* y eso se resalta por ejemplo en uno de los cuentos titulado "Juicios Preliminares" "me considero lo que se podría denominar un "joven de bien". Tengo novia, madre, una carrera universitaria y uso ropa limpia" (66). O aquel del cuento "Documental para un muchacho bueno" que es contaminado y pervertido por la violencia reinante de nuestro país. Pero no solamente los narradores o protagonistas son muchachos de bien, es decir con novia, papás, apartamento propio y, además, consumen drogas, sino que viven al mejor estilo pequeño burgués, o sea

con una cierta dosis de monotonía y tedio en sus vidas. Una señal más de esa pequeña burguesía son esos nombres cortos y "livianos que ponen las madres frívolas de hoy" (90): Tata, Lali, Erick, Coqui, etc. Éstos son signos de un tedio que por supuesto tienen que ser superados por medio de un pecado pequeño burgués: la infidelidad. Esto lo podemos ver por ejemplo en el cuento "La agenda del día", donde dos yuppies que miran los atascamientos desde sus edificios nos hablan de sus infidelidades: el uno por medio de la usual secretaria y el otro a través de fantasías con amantes mientras está con su esposa. O es el tedio que también puede ser alejado por medio de las fiestas infantiles como en el primer cuento "Happy Birthday Lali: El analista tenía razón", donde unos ricos y aburridos esposos transmiten no solamente el famoso *ennui* a sus pequeños, sino también la manera de ahuyentarlo momentáneamente. Pero aquí la fiesta infantil se sale de sus cauces "normales" porque la diversión incesante tiene que ser superada, pues a cada niño se le da un pollito de color, y así, mientras la mamá con pinta de telenovela mexicana toma su ración de pastillas calmantes y coloridas, los niños terminan en una guerra campal con los pollitos.

Pero tal vez lo mejor de los cuentos es esa ironía buscada y lograda con muy buenos resultados. En "Juicios Preliminares" se señala precisamente lo contrario a la pesada indagación filosófica de este modo: "La vida se me va en reflexiones. Ninguna resulta profunda, pues no soy filósofo. Así que me paso las horas dándoles vueltas a ideas inútiles y especulaciones sin sentido" (65). Pero a pesar de que el joven se cree un ser superficial por no llegar nunca al fondo de una de sus elucubraciones *light* (como la de pensar en las diferentes formas de sacar un pelo del jabón) llega a la indagación última mientras le da el último adiós a su abuelo: adivinar por qué alguien ha muerto en una operación debido a un instrumento quirúrgico olvidado. Lo patético es que cuando por fin logra llegar al final de la indagación la adorna con una carcajada, haciendo comprender que ambas lo "podrían alejar del resto de la humanidad" (73). Y si el narrador nos dice aquí que no es filósofo y que no reflexiona, aunque sí lo hace (otro ejemplo de una larga reflexión sobre el amor lo podemos encontrar en "El mundo está lleno de Carlas [Un juego de calle]), podemos también encontrar lo contrario en "La agenda del día", donde los oficinistas que pretenden trabajar no lo hacen: "Aunque su socio raras veces hablaba de trabajo, para López fue un alivio escuchar esto. No se encontraba de ánimo para discutir cifras" (77). O en el cuento "Documental para un muchacho bueno", donde el narrador odia los documentales de contenido social, pero de igual manera nos hace un perfecto retrato (no exento de sarcasmo hacia los medios audiovisuales) de la violencia de las bandas de nuestras ciudades.

Y es que la contraposición mundo cerrado versus realidad puede llegar a ser el hilo conductor de los cuentos. Los *yuppies* miran el mundo exterior desde sus altas oficinas; o una vez un yuppie sale en su carro y solo tiene un leve contacto con aquellos que se tienen que ganar la vida en los semáforos como en el cuento "Cruce de calles", siempre con esas sensaciones mezcladas de culpa y miedo: "Alejar la mano en la que carga el reloj, ponerla fuera de su alcance. Si la niña quisiera cortar el cuello, no habría nada que se lo impidiera" (28). Pero la realidad también puede ser vista, si no a través de la ventanilla subida del carro, a través de la imagen audio visual, como es el caso en el cuento "Documental para un muchacho bueno", donde el narrador se topa, sin quererlo, con esas imágenes de pobreza y violencia que tanto odia. Es innecesario decir que prefiere la evasión de los programas tontos con risas pregrabadas.

Una última impresión: excelente la fotografía de Camilo Restrepo y Cristina Castagna, donde se muestra a un hombre fragmentado con pedazos de rollo filmico que tal vez es un guiño al Burgos cineasta.

Peró después de todo este elogio a Burgos, no falta sino que Burgos resulte ser borgiano de corazón.

Wilson Orozco

Universidad de Antioquia